

Riesgos de enamorarse del propio zepelín

ANTÓN COSTAS

Siento aprecio por Pasqual Maragall, como persona y como político. Quizá porque me gusta la heterodoxia y la disidencia. Su perfil psicológico no responde tanto al de gestor de lo cotidiano, como al del reformador institucional que no se alimenta de pequeñas buenas políticas, sino de una gran idea que abre una nueva etapa.

En el lenguaje del mundo de la empresa, Maragall no responde al perfil de empresario-gestor de lo existente, sino al prototipo de empresario-innovador, de emprendedor intuitivo, al que lo cotidiano le aburre, que ama el riesgo de innovar y valora más las oportunidades que trae el futuro que las dificultades para alcanzarlo. De la misma forma que las revoluciones acaban devorando a sus progenitores, con frecuencia este tipo de emprendedores reformistas se arruinan o mueren en el empeño. Pero sin ellos jamás avanzaríamos. En el lenguaje de los economistas, son un bien público.

Hace tres años, al final de la larga época de Pujol, la política catalana no podía continuar siendo la gestión de lo existente. Era necesario abrir las ventanas y volar hacia nuevos rumbos. No sólo por el agotamiento lógico de una fórmula de gobierno que necesitaba de un descanso para renovar liderazgos, sino fundamentalmente porque era necesario buscar soluciones a nuevos problemas (la crisis de la economía catalana tradicional, la globalización, los nuevos retos de la inmigración y de la pobreza y la exclusión social creciente, el deterioro de la enseñanza pública, la degradación de muchos barrios y la universalización de nuevos servicios sociales) y experimentar con nuevas políticas.

Llevado por su espíritu de innovación y experimentación, y a la vista de los resultados de las últimas elecciones catalanas, Maragall rechazó la gran coalición con CiU y puso en marcha el tripartito. El invento tenía algo de suma de contrarios, pero era, hace tres años, la única alianza que hacía posible la renovación de las políticas y de la política catalana. Aunque era una combinación potencialmente explosiva.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha tenido este final? ¿Por qué ahora está tan incómodo ante un relevo que el mismo vio inevitable y fácil? ¿Cuál será su futuro? En la búsqueda de respuestas, la memoria me ha traído el recuerdo de un pequeño texto de Umberto Eco publicado hace años en un libro colecti-



PACO MINUESA

vo en el que se pedía a científicos y pensadores que hicieran alguna predicción sobre nuevos progresos e inventos que iban a tener lugar en los próximos años (*Predicciones*, Taurus, 2000).

En su respuesta, Eco mostraba sus reservas a ese tipo de ejercicio, y llamaba la atención sobre lo que había ocurrido cuando se inventó el dirigible. “Qué cosa más maravillosa, pensó la gente, poder viajar por el aire como los pájaros. Y entonces se descubrió

tener, si cabe, aún más cuidado.

El problema de Maragall es que se enamoró de su propio *zepelín*: el tripartito. Eso le impidió darse cuenta a tiempo de que era un invento efímero, no una innovación perdurable. Y el fue el principal damnificado.

Que ese invento estaba abocado a explotar queda claro cuando se lee el excelente y sincero artículo que publicó Ernest Maragall en este mismo diario (EL PAÍS, 3 de septiembre de 2006, edición Cataluña). Su

que el zepelín era un invento sin porvenir. El invento que sobrevivió fue el aeroplano”.

Continuaba Eco señalando que cuando aparecieron los primeros dirigibles, la gente creyó que se produciría una progresión lineal hacia modelos más refinados y más rápidos. Pero no fue así. Por el contrario, después de que el *Hindenburg* fuera pasto del fuego en 1937, y causara la muerte de 35 personas, las cosas empezaron a evolucionar en otra dirección. Al principio la lógica indicaba que había que ser más ligero que el aire para poder volar por el cielo; pero resultó que no era así.

Acaba Eco sacando una moraleja de esta historia: en filosofía y en ciencias hay que tener mucho cuidado para no enamorarse del propio zepelín. Yo añadiría, por mi cuenta, que en política hay que

análisis es, por sí solo, suficiente para darse cuenta que al tripartito le iba a pasar lo mismo que al zepelín. Por eso sería una conclusión política errónea pensar que lo que abortó el vuelo del tripartito fue el acuerdo entre Rodríguez Zapatero y Artur Mas. Fueron, eso sí, colaboradores necesarios, la espoleta que puso en marcha la explosión, pero el contenido de la mezcla hacía presagiar el final, que ocurrió finalmente el día en que ERC no votó el Estatuto en el Congreso de Madrid.

La política catalana necesita un invento nuevo para explorar el futuro, desarrollar nuevas políticas y experimentar los márgenes del nuevo Estatuto. Probablemente, con una mezcla diferente y no tan explosiva como la que acabó con el zepelín-tripartito.

Con el paso del tiempo veremos que la herencia de Pascual Maragall permanece: el giro y las prioridades que imprimió a las políticas públicas, y el haber planteado la necesidad de un cambio profundo en las relaciones de Cataluña con el resto de poderes del Estado. Y veremos claro también una lección importante: las buenas políticas por sí solas no hacen una buena política.

No tiene nada de extraño lo que le ha pasado. Recuerdo que hace años, después de ser aprobada, no sin fuertes conflictos sociales y políticos, la gran reforma que introducía la universalización de la sanidad en España le pregunté, en su despacho del ministerio, a Ernest Lluch cuál creía que iba a ser su futuro político y si continuaría en el Gobierno. Me contestó que con toda seguridad no continuaría en el Gobierno de Felipe González. Había estudiado lo que les sucedía a los políticos que introducían grandes reformas y había visto que una vez aprobadas tenían que dejar paso a otros más pragmáticos para que las aplicasen. En política, tanto de izquierdas como de derechas, el reformista innovador es un espécimen de corta vida.

No me preocupa el futuro de Maragall. Y creo que a él tampoco. En su fuero interno sabe que el destino de los pioneros es descubrir nuevos territorios para dejar después que otros los colonicen. Dentro de poco le veremos inventando alguna otra cosa. Y si no, al tiempo.

Antón Costas catedrático de Política Económica de la UB.

Hace pocos días en estas mismas páginas Felip Puig, el portavoz de CiU en el Parlamento de Catalunya, hacía suyas unas palabras de Léon Blum que decían: “Existen dos clases de políticos: los que se repiten y los que se contradicen”. Si me permiten el atrevimiento, un servidor añadiría una tercera clase o categoría: la de los que se engañan a sí mismos, la de los que quieren doblegar la realidad, la cotidianidad, a gusto de su universo político particular. Y ése ha sido, a lo largo de los años, uno de los principales pecados del nacionalismo catalán. Subvertir la realidad, interpretar el mundo a su medida, ha devenido un vicio crónico y una práctica habitual entre muchos dirigentes de Convergència i Unió. Algunos andan más preocupados en destruir la imagen de su principal adversario electoral —el PSC— que en explicar su propio proyecto. Desde su Cataluña virtual, que no real, disparan agazapados contra el candidato socialista Montilla con proyectiles fabricados en la mezquindad. Se atreven incluso a atribuirle una merma en su catalanidad. ¡Hasta ahí podríamos llegar! Mal les deben de ir las cosas a las gentes de Artur Mas cuando han decidido utilizar, de nuevo, la vieja vara de medir los índices de patriotismo. Muy apurados deben de estar los nacionalistas conservadores cuando su preo-

La metamorfosis de CiU

JOAN FERRAN

cupación consiste en ponderar el grado de contacto e interacción entre el PSC y el PSOE. Muy angustiados deben de andar cuando pretenden obviar el debate sobre el grado de efectividad de cada cual para desarrollar con éxito el nuevo Estatuto, para llegar a acuerdos bilaterales en Madrid.

Esta legislatura que ahora termina ha sido pródiga en acontecimientos. Se ha aprobado un buen estatuto y la campaña electoral, que en la práctica ya ha comenzado, permitirá dar a conocer muchas de las actuaciones gubernamentales que hasta ahora han permanecido difuminadas por los vapores de la polémica estatutaria. Será la hora de hacer balance de la acción de los gobiernos de Maragall pero, también, de las actitudes de la oposición. Y en este sentido, sinceramente, creo que hay que lamentar la actividad opositora discontinua y errática que ha practicado Convergència i Unió. La gente de Mas nos ha obsequiado durante estos tres años con un carrusel de comportamientos contradictorios. Han sido capaces de transitar por todos los márgenes, de

combinar al unísono y sin rubor el más trasnochado y exagerado soberanismo con los guiños y arrumacos al PP. Tanto ha sido así que cualquier observador con un mínimo de objetividad puede detectar que el verdadero *leitmotiv* de CiU es regresar al poder al precio que sea. Esta obsesión por disfrutar de los aromas del Pati dels Tarongers les ha llevado incluso a echar por la borda la cultura de gobierno

Desenterrar, como antaño, el medidor de catalanidad es un flaco servicio al país

que atesoró Jordi Pujol. Cuando desde las filas del socialismo catalán valoramos los aspectos positivos —que los hubo— de la etapa pujoliana, destacamos siempre el sentido institucional y de gobierno del que hizo gala el anterior presidente. Ese legado se ha diluido para dar paso a un estilo más *zaplanista* de hacer oposición. Es

decir, a una práctica tremendista hecha de frases reactivas y de declaraciones repletas de descalificaciones. En el artículo anteriormente mencionado, Felip Puig pretendía vendernos la imagen de una nueva generación de políticos tomando las riendas del nacionalismo catalán. Falsa ilusión la suya. Decía al inicio de estas líneas que hay políticos especialistas en engañarse a sí mismos sin manuales de autoayuda. Los supuestos nuevos dirigentes de CiU quizá sean ligeros en años, cierto, pero son ya viejos expertos en los vicios que segrega el poder. Todo el mundo sabe que la tan cacareada nueva hornada convergente creció y se educó a la sombra de Palau entre las intrigas de la corte. Son simplemente la continuidad de una forma superada de hacer política que ha optado por radicalizar los mecanismos de ejercer la oposición. El bueno de Felip Puig intenta hostigar a los socialistas catalanes acusándolos de sucursales y cuatro lindezas más. Craso error. La trayectoria catalanista y federalista del PSC impregna todas y cada una de las propuestas políticas

que defiende José Montilla. Desenterrar, como antaño, el medidor de catalanidad es un flaco servicio al país y un burdo intento de confundir al ciudadano. Montilla plantea que el nuevo reto de los catalanes pasa por conseguir un óptimo uso y despliegue del Estatuto basado en el rigor y la seriedad. Lo hace pensando en la ciudadanía, dejando de lado la pequeña política de los rifirrafes declarativos. Cuando desde el PSC se propone un salto cualitativo y cuantitativo en políticas sociales al servicio de los catalanes no es de recibo replicar con acusaciones de corte grupuscular. Cataluña precisa debatir sobre cuestiones tangibles, sobre cómo, cuándo y de qué forma se pondrá en funcionamiento su potencial estatutario. No nos interesa para nada discutir acerca del pedigrí ni de las denominaciones de origen de los candidatos. A fin de cuentas la historia nos ha enseñado que, en nuestro país, los únicos que osaron pactar con Aznar fueron los líderes del nacionalismo conservador. No lo duden, aguarden y verán. Asistiremos de nuevo a la metamorfosis de CiU. Será posible porque su nacionalismo es tan sólo instrumental.

Joan Ferran es portavoz adjunto del PSC en el Parlament y responsable de Política Sectorial y Relaciones Ciudadanas del PSC.